

EMILIO MARIA TERÁN



DISCURSO

LEIDO EN LA VELADA FUNEBRE

DEL

28 DE OCTUBRE DE 1904.



Imp. de EL TIEMPO. Quito—Quayaquil.

DISCURSO

LEIDO POR EL CORONEL DR. D.

EMILIO MARIA TERAN

en la Velada Funebre del 28 de Octubre
de 1904.



Señoras y Señores:

DESPUES de breves momentos habrá concluído esta solemne ceremonia noblemente inspirada por la penumbra de los dolores del alma que protesta, y los sentimientos del orgullo patrio que se resigna á la quie-

tud y al silencio, porque así lo quieren y así lo mandan, he oído, las excepcionales circunstancias de un deber cuyo mérito no sé hasta que punto sea reconocido por la Historia, en el futuro desarrollo de los acontecimientos que se cruzan hoy, por el cielo de los Andes, como nubes de fuego en el camino del honor y de la gloria del pueblo ecuatoriano.

MAS, antes de que salgáis de aquí, depositando sobre las aras de esta desgraciada República la manifestación de amor y de entusiasmo que le deben siempre sus hijos, en las tribulaciones y los peligros de su vida, debo dirigiros la palabra, como militar de Ejército, en obediencia al honroso encargo de este benévolo Directorio, á cuyo patriotismo habéis encomendado este sencillo pero elocuente tributo no sé si de ternura ó condolencia, si de enojo y enfado difícilmente reprimidos.

SI bajo la nieve de nuestras cumbres apacibles no se ocultara el fuego inextinguible de las profundidades del abismo, no podría explicarme cómo, en tratándose de los destinos de la Patria, esté cubierta su bandera con el tul funerario de la resignación, del desconsuelo y del abatimiento; ni cómo nosotros hayamos oído aquí, en vez del himno de los ecuatorianos, apenas las elegías del arte y los sentimientos del valor que disimula, con lágrimas que que man, las conmociones del alma no vencida.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION ECUATORIANA

POR ésto, y cumpliendo la honrosa comisión á la cual debo el honor de ser escuchado por mis compatriotas, excusadme, indulgentes, que no pueda dirigiros palabras, ni enunciar ideas, ni expresar sentimientos que no se compadezcan con el espíritu y la índole de nuestro Ejército; que no sean siquiera una pálida interpretación de su constante anhelo de consagrarse á la grati-

tud de sus nobles conciudadanos, así dignamente, en los altares del sacrificio heroico levantados por el Dios de las Naciones, á las épocas sombrías de la Patria.

No vengo, pues, con vosotros, á depositar en la tumba de mis camaradas la corona de laurel, ni el humilde ciprés de generosa condolencia; yo no vengo á dejar una lágrima que, rociando apenas la sagrada lápida, vaya á caer en el fondo de la copa del Champaña Diplomático. No: he tomado la palabra para rendiros mi más sincero agradecimiento por las muy especiales demostraciones de justicia y entusiasmo, con las cuales habéis enaltecido la clase militar, honrando la memoria de estos soldados héroes, que acaban de trazar con su sangre, la senda por la cual han de conquistarse las regiones del deber y de la gloria. He tomado la palabra, ilustres mártires, para deciros que no habéis muerto perdiendo la vida antes que el honor, y deján-

donos, siquiera por parte vuestra, el ejemplo de un valeroso sacrificio, que no el inri de la ignominia y la traición nefandas. He venido para deciros, que quien sabe morir por su Patria como soldado de ella, sabe también nacer á la vida de la historia, en el templo de los derechos y la justicia internacionales.

¿CUAL de vosotros no verá en esta como mansión de luz y sombras el más hermoso prodigio de la virtud, la cordura y la fidelidad ecuatorianas? ¿Dónde quedaron los hombres de la lucha insaciable, que, á la alarma de los rencores ó al grito de la intransigencia de las convicciones, ahondan la sima, cual obreros de las ruinas, para sepultar en ella hasta las últimas reliquias de la confraternidad y el amor mutuo, que ennoblecen y dignifican el porvenir de las naciones libres? ¿Dónde el hermano enemigo del hermano; dónde la encrucijada aleve, la difamación gratuita y el deshonor suicida?

¿Dónde, en una palabra, ese combate de pasiones encontradas, en el que cada partido, cada fracción política afianza el pié sobre la exangüe garganta de la madre, para no caer al golpe de su adversario innoble? Es porque, si bajo los rayos del sol de oriente se evaporan las charcas de sangre vertida, antes que por el enemigo, por el desdén sacrílego y la criminal ineptia, también en la estrechez de este recinto y al abrigo de ese mismo sol, se condensan, en crisol de oro, los raudales de ardoroso entusiasmo, de unión consoladora en la familia ecuatoriana, de abnegación, de valor y desprendimiento. En esta festividad de la religión del porvenir, en esta como expansión del sentimiento sin palabras, no habéis de ver sino una madre que acaricia dulcemente la memoria de sus hijos, y un pueblo que bendice la tumba de sus héroes, guardada apenas por las obscuridades de la selva donde cayeran de rodillas, regándola con su sangre, para besar después, en las postrimerías del

eterno pero sublime ¡adiós!, el ultrajado suelo de su Patria; y esa tumba, donde los asquerosos gusanos de una fementida diplomacia, se hartan á bocados del orgullo y justicia del Ecuador altivo, ha sido consagrada, entre los secretos parlamentarios, á la indiferencia y al olvido, si no al aplauso y confianza de sus propios verdugos. Pero no importa si junto á la ignominia, nobles compatriotas, batís, con soberbia, sobre esta losa veneranda, la enseña de Bolívar, Sucre y Calderón, y entonáis, en silencio, como león que sueña, el himno de la Patria, mientras se conmueven los Andes para que el Pichincha se incline majestuoso sobre la márgen del Amazonas, que bebe la luz de los primeros rayos de nuestro sol de Oriente, para que, en sus ondas, aparezcan los históricos campos de Ayacucho y Tarqui.

Habeis, pues, á trompa tañida, venido aquí, con un solo corazón y un mismo sentimiento, á tributar, doloridos, la ad-

miración, el respeto y la gratitud que debéis al soldado, cuando interpone la vida suya para recibir en su corazón el golpe aleve que va á caer en las mejillas de su Patria abandonada. De esta manera habéis hecho un acto de honor y de justicia al soldado de la Nación, estimulándole y distinguiéndole de aquel que, en las guerras civiles, lleva en la punta de su bayoneta sólo la brutal consigna del tirano, ó la de una injustificable ambición política del pueblo cuyos derechos no han caído triturados en la canasta de la intriga y los desmanes violentos del Poder.

EL militar de la Patria es siempre como ahora, el vínculo de la unión y de la confraternidad; es el cincel de oro que al tocar la roca de las duras convicciones, la convierte en chispas de amor universal, de caridad inmensa, de reconciliación y olvido perdurables; mientras que el otro, ahí se está por muy feliz, si una lágrima de la orfandad viene siquie-

ra, como del cielo el rocío, á humedecer la olvidada tumba de la víctima que rodó á ella empujada no por el brazo de la esperanza bienhechora, sino tal vez, por la mano larga de una ambición nefasta.

¿**N**I cómo habríais vosotros prescindido de tan augusta ceremonia si las víctimas de "Solano" cumplieron su deber, defendiendo la integridad del suelo de su Patria? Guerrero, Saá, Jaramillo, Rivadeneira, Michilena y veinte más cayeron en la arena como leales, como valientes y pundonorosos, como ecuatorianos, dicho está todo. Murieron por el honor de la República y se hicieron dignos de ella, como para significarnos que, entre el honor nacional y la muerte, sólo vacila Judas colgado del árbol de la maldición y el remordimiento.

Yo recordaría á mis camaradas estas hermosas pala-

bras de Arboleda, cuando en 1855 posesionaba á Mallarino, del Gobierno de la vecina del Norte: “Si tuviéreis, le dijo, que elegir entre el honor y la muerte, recordad la confianza que el pueblo más libre de Sud-América ha hecho de vos: mostradle que los Magistrados que no pueden gobernar, saben por lo menos morir; y si no podéis darnos paz, dejadnos siquiera honra y ejemplo.....” Aun más, las repetiría siempre á mi pueblo, porque todo él, mañana, será el soldado del honor y el del ejemplo del deber cumplido; el que no vuelva, cuando no pueda traer, sobre sus sienes, la gloria del vencedor, ó, sobre sus hombros, el arca inviolable de la confianza de su Patria, que nos da sus suelos que producen, sus ríos que comunican, su sol que fecunda, su aire que arrulla y adormece á nuestro cóndor en las grietas solitarias del Chimborazo.....

...¿Cómo no amarte, ¡oh! Patria generosa, si eres tan buena con los tuyos? Si te profanan tus hijos, tú los consa-

gras; si te hieren, los acaricias;
si te desnudan, los vistes; si
te ultrajan, te resignas; ¡si te
venden! ¿si te venden?.....

“Alumbra, ¡oh! sol, alumbra al bello día
Que á mi Patria infeliz torne su gloria;
Florezcan cual un tiempo florecieron
Bellos como tus rayos,
Sus laureles de espléndida victoria....”

Y habrán de florecer esos laureles, desde que los nuncios de la victoria han echado ya la simiente de su sangre en las feraces regiones de nuestras selvas, para que se levanten, gallardos como una palmera, junto á los grandes sepulcros que guardarán, de hoy para siempre, grandes sacrificios, grandes nombres y corazones grandes.

LA semilla está regada, la semilla del deber inquebrantable cuyo desarrollo bajo el cielo ecuatorial ha dado siempre el fruto del valor, el del sacrificio y el heroísmo; virtudes sin las cuales no ha prospera...

do jamás Nación alguna bajo la bóveda celeste.

SOBRE el valor dignamente empleado en la defensa de las instituciones nacionales, cierto que puede imponerse la desgracia, si consentida por los débiles y los ingratos, siquiera impedida por el deber. ¡Bendito valor el vuestro, ilustres soldados de la Patria!

SOBRE el sacrificio del militar abnegado prevalece la muerte; pero de sus propias cenizas, como el fénix de la fábula, nace la aurora de otra vida inmortal que enaltece y honra al seno de su país. ¡Os saludo!, víctimas, inmortales del deber; los reflejos de vuestro sacrificio iluminan la frente de mi Patria, para que la levante de sobre el pecho y os dirija, erguida, una mirada de orgullo y gratitud.

¿**S**OBRE el heroísmo? Héroes son Hércules, Aquiles y Eneas;

héroes son los semidioses del valor y el sacrificio; héroes serán los que, como vosotros, escriban con su sangre la epopeya del deber, plantando su bandera en los dominios de la República, hasta para que la muerte os sorprenda en la actitud más digna de un valiente ecuatoriano.

ESTE es el honor y éste el ejemplo que debéis jurar: honor para el presente, ejemplo para lo futuro que ha de perseverar en el comienzo de las grandes acciones del derecho humano.

Los acontecimientos luctuosos que conmemoramos, no son, pues, para llorar vergüenzas de un pasado que se oculta allá en los rincones de un archivo; sino para que veamos en ellos una lección dolorosa y una esperanza que redima nuestro despecho, convirtiéndolo en título de gloria; y ante la esperanza, ante el mérito de nues-

tros hombres, ante esa "Tierra
que ama el mundo y adora el
cielo", ¡oh!, pueblo de mi Pa-
tria, "el amargo luto convier-
te en gala, y el ciprés en rosa"

.....

SEÑORAS Y SEÑORES.

